

XVI.

LA YEOMANRY.

No obstante la influencia que los caballeros del campo y los curas de aldea ejercían sobre sus vecinos y feligreses, quedaba en cierto modo y hasta cierto punto equilibrada con la de la *Yeomanry*, esto es, los grandes arrendatarios y los pequeños hacendados, gente por todo extremo viril y noblemente sincera. Los pequeños hacendados que cultivaban por sí tierras de su propiedad, y gozaban de modesto bienestar sin hacer vanos alardes de timbres nobiliarios ni pretender asiento en el sitial del juez, constituían entonces una clase más importante que no ahora. Si hemos de dar crédito á las mejores estadísticas de la época, no había menos de ciento sesenta mil propietarios, los cuales debían constituir con sus familias más de la séptima parte de la población del reino, que vivían del producto de pequeñas propiedades libres. La renta que gozaba cada uno, compuesta del producto de la tierra, de beneficios y salarios, se graduaba por término medio entre sesenta y setenta libras anuales, y se suponía que la cifra de los que labraban su pegujal era más elevada que la de los arrendatarios (1). En cuanto á las opiniones políticas y religiosas de la *Yeomanry*, bastará decir que gran parte de ella se inclinó desde la Reforma en favor del puritanismo, que se afilió al partido del Parlamento durante la guerra

(1) Me sirvo del cálculo de Davenant que es algo más bajo que el de King.

civil, que persistió, después de la Restauración, en asistir á los sermones de los presbiterianos y de los independientes, que sostuvo vigorosamente á los exclusivistas en las elecciones, y que continuó, á pesar de haberse descubierto la conjura de Rye House y de la proscripción de los jefes *whigs*, confundiendo en el mismo aborrecimiento, así al catolicismo romano, como al poder arbitrario de los reyes.

XVII.

DESARROLLO DE LAS POBLACIONES.

Con ser grandes los cambios realizados en la vida rural de Inglaterra después de la revolución, aun son más extraordinarios los que se han verificado en las ciudades, porque mientras en la actualidad se aglomera en las principales de provincia que pasan de treinta mil habitantes la sexta parte de la nación, en tiempo de Carlos II no sólo no tenía ninguna capital, excepto Londres, tanta densidad de pobladores, sino que no había cuatro que contasen siquiera diez mil.

XVIII.

BRÍSTOL.

Después de la capital, pero á inmensa distancia, estaban Bristol, á la sazón el primer puerto de mar de Inglaterra, y Norwich, entonces también la primera

ciudad industrial del reino; pero una y otra, con haber realizado progresos positivos, cuadruplicándose la población de la primera y duplicándose con exceso la de Norwich, se hallan hoy sobrepujadas por sus rivales. Pepys, que visitó Bristol ocho años después de la Restauración, quedó sorprendido de su magnificencia. Bien es cierto que su admiración no debía de ser muy difícil de producir, porque nota como maravillosa la circunstancia de que no era posible volver la vista de ningún lado sin ponerla en largas filas de casas, lo cual parece indicar que las demás ciudades que conocía, excepto Londres, todas ofrecían por todas partes anchas brechas por donde salir al campo. Pero, por grande que pareciese Bristol, en aquel tiempo apenas si ocupaba una parte muy pequeña de su actual superficie, quedando toda ella reducida á ser un laberinto de callejas, formadas de casas no nada sólidamente construidas, que se agrupaban alrededor de algunas iglesias magníficas; siendo las calles tan estrechas, que si entraba por ellas una carreta, bien podía temerse que á poco trecho quedase cogida entre dos casas, ó con las ruedas metidas en algún sótano, por lo cual se trasportaban las mercancías en carretillas, arrastradas por perros, y carecían de carrozas los poderosos, cuya magnificencia se demostraba, en público, presentándose rodeados de lacayos, vestidos de lujosa librea, y, en su casa, regalándose de manjares abundantes y bien servidos. La pompa que desplegaban en bautismos y entierros excedía con mucho á cuanto se hacía en casos tales en las demás partes de Inglaterra; la hospitalidad con que acogían los de Bristol al forastero era famosa, y aun más las colaciones con que brindaban los refinadores de azúcar á quien visitaba sus establecimientos, y que hacían preparar en los hor-

nos de la fábrica, sirviéndolas con un excelente brebaje, compuesto de los mejores vinos de España, al que se daba en todo el reino el nombre de leche de Bristol. Sostenía este lujo lucrativo comercio con los plantadores de América del Norte y las Indias Occidentales; y era tan grande la pasión por el comercio colonial, que no había tendero en la ciudad sin pacotilla embarcada en algún buque á la vela para Virginia ó las Antillas. No eran, á decir verdad, algunas de estas pacotillas de la mejor especie. Porque, como hubiera mucha demanda de obreros en las posesiones trasatlánticas de la Corona, y se ocurriese á esta necesidad por un sistema de reclutamiento y de leva especial en los principales puertos de Inglaterra, en ninguna parte se practicaba como en Bristol, no avergonzándose los primeros magistrados de la ciudad de adquirir riquezas por medios tan odiosos.

En cuanto al número de casas de Bristol, según las estadísticas del impuesto de fogaje, parece haber sido de cinco mil trescientas en 1685; y como no puede suponerse que el número de habitantes fuera mayor en una casa de Bristol que en una casa de la *city* de Londres, y en ésta se sabe de buen origen que había cincuenta y cinco personas en cada grupo de diez casas, la población de Bristol constaba, pues, próximamente de veintinueve mil almas (1).

(1) Véase el *Evelyn's Diary*, 27 de junio de 1651. *Pepys's Diary* 13 de junio de 1663. Roger North, *Lives of lord Keeper Gildford, an of sir Dudley North. Petty, Political Arithmetic*. Me he servido de los datos de Petty; mas, antes de sacar consecuencias de ellos, he tomado por guías á King y á Davenant, que, sin ser más hábiles que él, tienen la ventaja de haber vivido después que él. En cuanto á los secuestros que constituían la infamia de Bristol, véase á North, *Life of Gildford*, 121 y 126, y el discurso de Jeffreys á este propósito en su *Impartial history of his life and death*, im-

XIX.

NORWICH.

Esta era la capital de una grande y fértil provincia, residencia de prelado con cabildo, y asiento principal de las mejores fábricas del reino. En ella habían vivido recientemente algunos hombres de mucha cuenta en ciencia é ingenio, y, excepto la capital y las universidades, no contaba Inglaterra con ninguna ciudad más notable para los curiosos; como que la biblioteca, el museo, la pajarera y el jardín botánico de sir Tomás Browne bastaban por sí solos para mover á peregrinaciones científicas á los individuos de la Sociedad Real. Tenía Norwich también una manera de corte en miniatura, pues en el centro de la población se levantaba un añoso palacio de los Duques de Norfolk, mansión espléndida que gozaba fama de ser la más grande entre las de provincia que hubiera en el reino. En este palacio, en cuyo recinto había trinquete de pelota, juego de bolos y extenso paseo que recorría las orillas del Wansum, habitaba largas temporadas la noble familia de los Howard con aparato y pompa dignos de la realeza; como que sus convidados bebían en copas de oro puro, y comían en vajilla de plata, y que las pinturas que adornaban las paredes eran de los mejores maestros italianos, viéndose acumuladas

presa con los *Bloody Assizes*. Su estilo es grosero, como de costumbre; pero no puede ciertamente contarse en el número de sus crímenes su reprimenda á los magistrados de Bristol.

en la sala de la espléndida morada las piedras preciosas adquiridas por aquel Conde de Arundel, cuyos mármoles forman al presente uno de los principales ornamentos de Oxford. Allí recibieron magnífica hospitalidad el año 1671 Carlos y su corte, y allí también se abrían de par en par las puertas periódicamente, desde la Navidad hasta la Epifanía, para cuantos querían beber á jarros la cerveza. Tres carrozas, de las cuales una podía contener catorce personas, y había costado quinientas libras, recorrían la ciudad por las tardes, llevando las damas á saraos y fiestas que terminaban siempre con suntuosos banquetes. Y tanta era la grandeza de los Duques de Norfolk, que cuando iban á Norwich se les recibía como á reyes que regresan á su capital, á campana tañida, con salvas de artillería disparadas desde la fortaleza, y saliendo á su encuentro el alcalde y regidores de la ciudad para darles la bienvenida con palabras por todo extremo lisonjeras. La población de Norwich, según el censo hecho en 1694, oscilaba entre veintiocho y veintinueve mil almas (1).

Después de Norwich había otras antiguas capitales de condado, importantes sin duda, pero inferiores á ella; y como á la sazón era muy raro que los caballeros del campo fuesen á Londres con sus familias, la capital del condado constituía la metrópoli para él, siendo al propio tiempo, á veces su asiento durante una parte del año, y por regla general el punto á donde acudían con frecuencia, llevados de los negocios y de los placeres, de los asuntos judiciales, de las elec-

(1) Fuller's *Worthies*; Evelin's *Diary*, octubre 17 de 1671; *Journal* of E. Browne, hijo de sir Tomás Browne, enero 1663-64; *History of Norfolk*, por Blomesfield, *History of the City and County of Norwich*, 2 vol., 1738.

ciones, de las asambleas de la milicia, de las fiestas y de las carreras de caballos; cómo que allí se congregaban las audiencias, en las cuales los jueces, vestidos de togas de color escarlata, rodeados de tropas y precedidos de cornetas, abrían dos veces al año la *Commission* (1) del Rey; y allí se celebraban los mercados, en los cuales se vendían el trigo, los ganados, las lanas y el lúpulo de toda la comarca; y allí también las ferias tan renombradas á donde acudían los mercaderes de Londres á vender y los del campo á comprar la provisión anual de azúcar, papel, cuchillería y telas; y allí abundaban las tiendas, que no había en otras partes, de mercería y especería. Los recuerdos históricos, las catedrales decoradas con el arte y la magnificencia propios de la Edad media, los palacios en que habitó larga sucesión de prelados, los venerables residencias de los deanes y canónigos, los castillos que resistieron en lo antiguo á los Neville ó á los de Vere, y que ostentaban el estrago más reciente de las venganzas de Rupert ó de Crómwel, contribuían asimismo á imprimir á varias de estas ciudades un sello especial y singularísimo.

XX.

OTRAS CIUDADES Y CONDADOS.

York, capital del Norte, y Exeter, capital del Oeste, brillaban entre las más notables de estas ciudades notabilísimas, sin que por eso contuvieran una ó otra más de diez mil habitantes. Worcester, emporio de la

(1) Véase el apéndice al tomo IV.

cidra, tenía próximamente ocho mil habitantes; Nottingham, el mismo número con muy corta diferencia; Gloucester, tan renombrada por la resuelta defensa que hizo y que tan funesta fué á Carlos I, no contaba más de cuatro á cinco mil habitantes; y Shrewsbury, con ser la ciudad más principal de un distrito importante y feraz, asiento del tribunal de las marcas del llamado país de Gales, considerada á muchas millas alrededor del Wrekin como metrópoli de la comarca, cuya *gentry* copiaba lo mejor que podía los modales y trajes de los concurrentes á Saint James Park en sus paseos á lo largo del Severn, no excedía de siete mil (1).

El número de habitantes de todas las ciudades de Inglaterra es mayor del duplo de lo que era después de la revolución, habiendo algunas septuplicado. Las calles se han reedificado casi en su totalidad, y la pizarra y el ladrillo sustituido á la paja y la madera; siendo el piso y el alumbrado públicos de nuestros días, y el lujo de las tiendas, y la limpieza y pulcridad,

(1) La población de York, según reza un estado de nacimientos y defunciones inserto en la *Historia* de Drake, parece haber sido próximamente de 13.000 en 1730. Exeter no tenía más de 17.000 en 1801. La población de Worcester fué recontada poco antes del sitio de 1646. Véase Nabs, *Hist. del Worcestershire*. He tenido en cuenta el aumento que debe suponerse que tuvo en el trascurso de cuarenta años. En 1740 dió el censo de Nottingham la cifra exacta de 10.000 almas. Véase la *Historia* de Dering. Puédese inferir fácilmente la cifra de los pobladores de Gloucester de la de las casas que halló inscritas King en los registros del impuesto del fogaje, y de la de las casas y de las defunciones que da la *Historia* de Atkyn. Los habitantes de Derbyeran 4.000 en 1712: véase Wolley, historia manuscrita citada parcialmente en Lyson, *Magna Briannia*. En 1695 se hizo el recuento de los moradores de Shrewsbury, cuyos placeres se enumeran en el *Oficial reclutador* de Farquhar, descripción que confirma una balada inserta en la *Biblioteca de Pepys*, cuyo estribillo dice así: *A mi Shrewsbury*.

tud de las habitaciones ocupadas por la *gentry* cosas que habrían parecido imposibles ó milagrosas cuando menos á los ingleses del siglo xvii. No obstante, la importancia relativa de estas antiguas capitales de condado no es ya ni sombra de lo que fué; que otras ciudades más nuevas, apenas mencionadas en la historia de los tiempos pasados de Inglaterra, que carecían del derecho de diputar representantes á los antiguos Parlamentos, se han elevado en nuestros días á tan grande altura que nuestra generación las contempla con asombro y orgullo, y con inquietud también y hasta con miedo.

XXI.

MANCHESTER.

Bien es cierto que las mas importantes de estas ciudades eran conocidas el siglo xvii como centros importantes de industria, y cuyos rápidos progresos y opulencia extraordinaria se describían á las veces en un lenguaje que parecería ridículo á los que admiran su actual grandeza. Pero entre todas, una de las más prósperas era Manchester. Háblala concedido el Protector el derecho de nombrar un diputado que la representara en el Parlamento, y algunos escritores de la época de Carlos II la citaron como ciudad laboriosa y opulenta. Medio siglo hacía entonces que importaba Manchester el algodón de Chipre y de Smirna; pero aun no había salido de la infancia su industria manufacturera, ni enseñado Whitney los medios de obtener la primera materia en cantidades casi fabulosas, ni Arkwright tampoco á trabajar esa

materia primera con rapidez y exactitud tales que causan maravilla; como que la cantidad total de las importaciones anuales no llegaba el último tercio del siglo xvii á dos millones de libras esterlinas, cantidad que no bastaría en estos tiempos á la demanda de cuarenta y ocho horas. Este opulento y grandioso centro de fabricación, cuyo número de habitantes y riqueza excede con mucho los de capitales famosas tales como Berlín, Lisboa y Madrid, era entonces una pequeña ciudad de mercado, mal construída y con menos de seis mil habitantes; que no tenía una sola máquina de imprimir, y cuenta hoy con cien impresas; ni un sólo carruaje, y tiene hoy veinte carrocerías (1).

XXII.

LEEDS.

Asiento y metrópoli había llegado á ser Leeds de las manufacturas de lana del Yorkshire, y aun recordaban los ancianos la época en que se construyó su primera casa de ladrillo, llamada entonces y largos años después *la casa roja*. Sus habitantes se gloriaban del desarrollo y acrecentamiento de la riqueza local y de las inmensas ventas de paño que hacían al aire libre, en el puente, porque circulaban en un solo mer-

(1) Blome, *Britannia*, 1673. Aikin, *Country round Manchester*; *Manchester Directory*, 1845. Baines, *History of the Cotton Manufacture*. Las mejores noticias que me ha sido posible hallar acerca de la población de Manchester en el siglo xvii se contienen en un artículo del Rdo. P. R. Parkinson, é inserto en el *Journal of the Statistical Society*, octubre, 1842.

cado cientos y miles de libras esterlinas, y llegó á ser tanta la importancia de Leeds que atrajo la atención de varios Gobiernos, concediéndole Carlos I privilegios municipales, y Crómwell que pudiese procurar un diputado al Parlamento. No obstante, según rezan las listas del impuesto de fogaje, parece ser que la población entera del distrito, comprensivo de varios lugares, no excedía de siete mil almas bajo el reinado de Carlos II. En 1841 contaba más de ciento cincuenta mil (1).

XXIII.

SHEFFIELD.

Al Sur de Leeds y á una jornada próximamente de distancia, orillas de una dilatada extensión de matorrales, había un antiguo estado feudal antiquísimo, estéril entonces y sin cultivo, feraz y cultivado ahora, conocido bajo el nombre de Hallamshire. Abundaba el hierro en él, y desde mucho tiempo hacía, los toscos cuchillos que allí se fabricaban se vendían en todo el reino, siendo tanta su fama, que Geoffroy Chaucer los mencionó en uno de sus cuentos de Canterbury, si bien no parece haber hecho este género de industria grandes progresos durante los tres siglos siguientes á la época de Chaucer; lentitud que puede sin duda explicarse con el hecho de haber estado sujeto el comercio todo ese tiempo á los reglamentos que el señor y su tribunal tenían por conveniente

(1) Thoresby, *Ducatus Leodensis*. Whitaker, *Loidis and Elmet*. Wardel, *Municipal history of the borough of Leeds*.

imponer; siendo la capital la productora de los artículos más perfectos en el ramo de cuchillería, ó el extranjero, porque hasta el reinado de Jorge I no cesaron los cirujanos ingleses de importar de Francia los instrumentos tan delicados y sutiles que son necesarios á las operaciones quirúrgicas. La mayor parte de las fraguas del Hallamshire se hallaban reunidas en una villa de mercado que se extendía por las inmediaciones del castillo del señor de la tierra, y que, siendo en la época de Jacobo I por todo extremo miserable, sin más de dos mil habitantes, la tercera parte de los cuales eran mendigos hambrientos y casi desnudos, y en la de Carlos II, de cuatro mil, debido tan escaso desarrollo á un género de trabajo por extremo nocivo á la salud y al vigor del hombre, cosa que ya echaban de ver todos los viajeros, en razón á que había una muchedumbre de personas con los brazos y las piernas torcidos, llegó á ser el Sheffield de nuestros días, que, con sus arrabales, cuenta ciento veinte mil almas, y envía sin cesar hasta las más apartadas regiones del globo sus renombrados cuchillos, navajas y lancetas (1).

XXIV.

BIRMINGHAM.

Aun cuando no se tuvo á Birmingham por lugar de tanta importancia como para concederle el derecho de diputar un representante al Parlamento de Crómwell, ya eran entonces sus manufactureros por todo

(1) Hunter, *Hist. del Hallamshire*.

extremo activos, y se hallaban en gran prosperidad; como que se preciaban de fabricar la quincalla más renombrada, no cual acontece al presente hasta en Pekín, Lima, Bokkara y Tombuctu, sino hasta en Londres y aun hasta en Irlanda. También adquirieron los de Birmingham la fama menos honrosa de monederos falsos, y aludiendo los *tories* á sus *groats* (1) dieron á los demagogos que aparentaban hipócrita celo contra el catolicismo romano el apodo de *Birmingham*s. El número de habitantes que contaba la población en 1685, y que ahora está muy cerca de doscientos mil, apenas si era de cuatro mil. La industria de los botones comenzó por aquel tiempo; aun no se hablaba de los fusiles de Birmingham; y la ciudad de la cual debían salir dos generaciones después, para causar asombro á todos los libreros de Europa, las magníficas ediciones de Baskerville, no tenía un solo establecimiento en el cual pudiera elegirse una Biblia ó un almanaque, habiendo no más de un librero, llamado Miguel Johnson, padre del gran Samuel, que iba de Lichfield los días de mercado á poner un puesto, donde vendía durante algunas horas; mezquina oferta de literatura que se reputaba en relación directa con la demanda de la localidad (2).

(1) Moneda equivalente á 40 céntimos.—N. del T.

(2) Blome, *Britannia*, 1673. Dougdale, *Warwickshire*. *North-Examen*, 321, *Prefacio de Absalón y Archifol*. Hatton, *Hist. de Birmingham*. Boswell, *Vida de Johnson*. En 1690 fueron 150 los entierros en Birmingham y los bautizos 125. Creo que la mortalidad anual fuese de 1 por 25. En Londres era mucho mayor. Un historiador de Nottingham, medio siglo después, elogiaba mucho la salubridad extraordinaria de su pueblo natal, en el que la mortalidad no excedía de 1 por 30. Véase á Dering, *Hist. de Nottingham*.

XXV.

LIVERPOOL.

Estas cuatro capitales de nuestras grandes manufacturas merecen especial mención. Sería enojoso enumerar todos los populosos y opulentos centros industriales, que hace ciento cincuenta años eran lugares en que ni había iglesia parroquial, ó tristes pantanos habitados sólo de gallinas silvestres y venados. Ni ha sido menos notable el cambio en aquellos desembocaderos por donde los productos de los telares y de los talleres ingleses, salen á extenderse por todo el mundo. Cuenta actualmente Liverpool con unos 300.000 habitantes. La carga de los buques, según los registros del puerto, es de 400 á 500.000 toneladas, y en su aduana se ha pagado, por varias veces en un año, más del triplo de lo que importaban todas las rentas de la Corona en 1685. El impuesto de Correos, aun después de la gran reducción del timbre, excede á la suma que producía el correo en todo el reino al Duque de York. Sus interminables docks, muelles y almacenes figuran entre las maravillas del mundo. Y, sin embargo, aquellos docks, muelles y almacenes apenas dan abasto al gigantesco comercio de la *Mersey*, y ya una ciudad rival nace y se engrandece rápidamente en la opuesta orilla. En tiempo de Carlos II describíase Liverpool como una ciudad naciente, que últimamente había hecho grandes progresos y que mantenía útiles relaciones con Irlanda y con las colonias azucareras. Las aduanas, en diez y seis años habían octuplicado sus ingresos, que ascen-

dían á la, para entonces, inmensa suma de 15.000 libras esterlinas al año. Pero la población apenas excedía de 4.000 almas, y sus naves representaban 1.400 toneladas, menos aún de lo que en nuestros días carga un buque de primera clase de la compañía de las Indias; y el número total de marineros matriculados en el puerto no podía calcularse en más de 200 (1).

XXVI.

AGUAS MINERALES: CHELTENHAM, BRIGHTON, BURTON,
TUNBRIDGE WELLS Y BATH.

Tal ha sido el progreso de aquellas ciudades donde crece y se acumula la riqueza. No menos rápido ha sido el progreso de ciudades de muy distinta clase, ciudades donde la riqueza creada y acumulada en otra parte se gasta para atender á la salud ó al recreo. Algunas, entre las más notables, existen desde los tiempos de los Estuardos. Cheltenham es actualmente una ciudad mayor que cualquier otra de las que contaba el reino en el siglo XVII, á excepción sólo de Londres. Pero en el siglo XVII, y á principios del XVIII, Cheltenham era mencionada por los historiadores locales solamente como una parroquia rural, situada al pie de las colinas de Cotswold, dotada de buen suelo, así para el cultivo como para pastos, y crecía el

(1) Blome, *Britannia*. Gregson, *Antigüedades del Condado Palatino y del Ducado de Lancaster*, parte 2.^a *Petición de Liverpool en el Libro del Consejo Privado*, 10 de mayo de 1683. En 1690 el número de defunciones ascendía en Liverpool á 151, y el de bautizados á 120. En 1844 el producto neto de la aduana de Liverpool era de 4.365.526 libras, un chelín y 8 dineros.

trigo y pacía tranquilamente el ganado en el mismo sitio que hoy ocupan una risueña serie de calles y multitud de casas de recreo (*villas*) (1).

Presentábanos á Brighton los historiadores de la época, como un pueblo próspero en otro tiempo, que poseyó muchas barcas de pescadores, y que en el colmo de la prosperidad llegó á tener más de dos mil habitantes, pero que recientemente había empezado á decaer con gran rapidez. El mar que iba acercándose gradualmente á las casas, las hizo desaparecer, al fin, por completo. Hace noventa años aun podían verse las ruínas de un antiguo fuerte entre las algas y los guijarros de la orilla; y los ancianos aun enseñaban restos de edificios en un sitio donde una calle de más de cien chozas había sido sepultada por las olas. Tan miserable quedó el pueblo después de esta calamidad, que casi no se juzgaba necesario el sostenimiento del Vicario. Algunos pobres pescadores continuaron, sin embargo, tendiendo sus redes sobre aquellas rocas, donde al presente una ciudad más de dos veces mayor en tamaño y número de habitantes que la Bristol de los Estuardos, presenta en una extension muy considerable su alegre y fantástica perspectiva al mar (2).

No se desconocía, sin embargo, en Inglaterra, en el siglo XVII, el uso de las aguas minerales. La *gentry* del Derbyshire y de los condados vecinos acudía á Buxton, donde vivía hacinada en bajos cobertizos de madera, regalándose con tortas de harina de avena y carne, que los hosteleros llamaban de carnero, pero que los huéspedes sospechaban que era de perro (3).

(1) Atkyn, *Gloucestershire*.

(2) *Magna Britannia*; Grose, *Antigüedades*; *New Brighthelmstone Directory*, 1770.

(3) *Viaje al Derbyshire*, por Tomás Browne, hijo de Sir Tomás.

Muchos más atractivos tenía Tunbridge Wells, distante una jornada de la capital y uno de los sitios más ricos y civilizados del reino. Vemos allí, al presente, una ciudad que hace ciento sesenta años hubiera figurado, en población, como la cuarta ó quinta de Inglaterra. El lujo desplegado en sus tiendas y en las casas particulares, supera mucho á cuanto la Inglaterra de entonces podía ostentar. Cuando la Corte, poco después de la Restauración, visitó Tunbridge Wells, aun no existía la ciudad; pero á una milla del manantial, rústicas cabañas, algo más limpias y cómodas que la mayoría de las de la época, se veían esparcidas acá y allá por el llano. Algunas de estas habitaciones eran movibles y podían trasportarse con rodillos de un punto á otro. A estas chozas acudían en verano algunas veces los elegantes, cansados del ruido y del humo de Londres, deseosos de respirar aire puro y de disfrutar de la vida campestre. Mientras duraba la temporada había diariamente una especie de feria cerca del manantial. Las mujeres y los hijos de los arrendatarios de Kent acudían de las aldeas vecinas con leche, cerezas, trigueros y codornices. Regatear el precio de sus mercancías, burlarse de ellas, elogiar sus sombreros de paja y sus rectos tacones, era pasatiempo agradable para gente licenciosa, hastiada de los afectados modales de actrices y damas de honor. Tenderos de modas y de bisutería, y joyeros venían de Londres y abrían bazares bajo los árboles. En una barraca hallaba el aficionado á política, además del café, la *Gaceta de Londres*; en otra los viciosos jugaban á los naipes, y en las noches hermosas los violines convidaban á la danza en el muelle césped que cubría el sitio destinado al juego de bolos. En 1685 hizose una suscripción entre los que frecuentaban el establecimiento para edificar una

iglesia, que los *tories*, que dominaban entonces en todas partes, se propusieron dedicar á *San Carlos Mártir* (1).

Pero á la cabeza de los establecimientos de baños de Inglaterra figuraba sin rival la ciudad de Bath. Sus aguas habían tenido fama desde el tiempo de los Romanos; y durante muchos siglos había sido residencia de un Obispo. De todas partes del reino acudían allí los enfermos, y algunas veces el Rey había tenido allí su corte. Sin embargo, Bath sólo contaba entonces unas cuatrocientas ó quinientas casas, aglomeradas en el recinto de una antigua muralla, cerca del río Avon. Aun se conservan cuadros que representan las casas que á la sazón eran tenidas por más hermosas, las cuales se parecen mucho á los más miserables tenduchos y figones de la carretera de Radcliffe. Cierto que aun entonces se quejaban los viajeros de la estrechez y malas condiciones de las calles. Aquella hermosa ciudad que contemplan hoy con encanto, hasta los acostumbrados á ver las obras maestras de Bramante y Palladio, y que el genio de Anisley y Smollet, de Francisco Burney y Juana Austen ha hecho clásica, aún no existía. La misma calle de Milsom era un campo abierto, fuera de los muros de la ciudad, y los cercados dividían el espacio que hoy cubre la *Media Luna* y el *Circo*. Los pobres enfermos á quienes habían recetado las aguas, yacían tendidos sobre montones de paja en un sitio que, según el lenguaje de un médico de la época, más tenía de cobertizo que de posada. En cuanto á las comodidades y al lujo que podían encontrar en las casas de

(1) *Mémoires de Grammont*. Hasted, *Historia de Kent*. *Tunbridge Wells*, comedia, 1678. Causton, *Tunbridgialia*, 1688. Meleto, poema acerca de Tunbridge Wells, 1693.

Bath los elegantes que lo visitaban, y que acudían allí en busca de salud ó de diversiones, poseemos una relación más completa y minuciosa que las que generalmente puedan hallarse acerca de tales asuntos. Un escritor que publicó una descripción de aquella ciudad, como unos ciento sesenta años después de la revolución, ha referido, con toda exactitud, los cambios que en su tiempo había experimentado. Asegura que cuando él era joven, los caballeros que visitaban el establecimiento tenían que dormir en habitaciones apenas comparables á desvanes, y que andando el tiempo pudo él mismo ver destinadas á los lacayos. El pavimento de los comedores, que se hallaba en todos sin alfombrar, estaba dado de oscuro con una pintura que hacían de hollín y cerveza floja, para ocultar la inmundicia. Las maderas, todas sin pintar, y ni una sola chimenea había de mármol. Una sencilla losa de piedra franca y badilas para el fuego, todo lo cual apenas costaba tres ó cuatro chelines, era más que suficiente para la calefacción de las habitaciones. En los mejores aposentos había sillas de paja, y las paredes estaban cubiertas de tela ordinaria de lana. Los lectores á quienes interese el progreso de la civilización y de las artes útiles, quedarán agradecidos al humilde topógrafo que ha conservado memoria de estos hechos, y tal vez deseen que historiadores de mucho más altas pretensiones supriman, á las veces, páginas enteras consagradas á la descripción de operaciones militares ó intrigas políticas, dando en su lugar la relación de cómo estaban arregladas las salas y los dormitorios de nuestros antepasados (1).

(1) Véase: Wood, *Historia de Bath*, 1749. Evelyn, *Diario*, junio 27, 1654. Pepys, *Diary*, junio 12, 1668. Stukeley, *Itinerarium curiosum*. Collinson, *Somersetshire*. Dr. Peirce, *Historia y memo-*

XXVII.

LONDRES.

Era la población de Londres en tiempo de Carlos II, comparada con las demás ciudades del Reino, mucho mayor que al presente. Porque hoy la población de Londres es poco más de seis veces la de Manchester ó la de Liverpool, y en tiempo de Carlos II era más de diez y siete veces mayor que la de Bristol ó Norwich. Puede ponerse en duda que haya otro ejemplo de un gran imperio cuya primera ciudad sea diez y siete veces mayor que la segunda. Hay motivo para creer que en 1685 Londres había sido, por espacio casi de medio siglo, la ciudad más populosa del mundo. El número de sus habitantes, que actualmente asciende lo menos á novecientos mil (1), era entonces probablemente poco mayor de medio millon (2). El comercio de Londres sólo tenía entonces una rival, vencida desde ha mucho tiempo: la poderosa y opulenta Amsterdam. Los escritores ingleses hablan con orgullo del bosque de mástiles y vergas que cubría el río desde el Puente hasta la Torre, y de las inmensas sumas recaudadas en la aduana de la calle del Támesis.

rias de Bath, 1713, lib. I cap. VIII, observación 2.ª, 1684. He consultado algunos mapas antiguos y pinturas de Bath, especialmente un curioso mapa, rodeado de vistas de los principales edificios, que lleva la fecha de 1717.

(1) Esto se escribía en 1849. Actualmente pasa de cuatro millones de habitantes la población de Londres.—N. del T.

(2) Según King, 530.000 habitantes.